

hasta el Somma. A fines del año y á principios de 881 atacan Cambrai, «devastándolo todo á su paso, y ocupan el monasterio de Corbie, la ciudad de Amiéns y otros lugares sagrados.»

Luis III y Carlomán acababan de recuperar de Bósón una parte de la Borgoña, cuando aquella invasión de los normandos les obligó á marchar al Norte. Luis encontró á los invasores el día 3 de agosto de 881, no lejos de Abbeville, en Saucourt de Vimen: más de 8.000 enemigos quedaron, según se dice, sobre el campo de batalla, y fué tal la impresión producida por este «noble triunfo,» que inspiró una canción popular en lengua romance (1). Por un momento los normandos abandonaron la Francia, trasladándose á Lorena; pero el tratado de Elsloo, que firmaron con el rey de Germania Carlos *el Gordo* (julio de 882), y la muerte de Luis III (5 de agosto) les decidieron á regresar, avanzando hasta Reims, en tanto que Hincmaro, viejo y achacoso, huía á Epernay, llevándose consigo el cuerpo de San Remigio y los ornamentos de su iglesia. Carlomán atacó á los invasores, lanzando á una parte de ellos al Aisne, en donde se ahogaron; pero no tenía fuerzas suficientes para completar su victoria. A fin de contener al enemigo, habíase construido un gran castillo de madera al Norte, en Estruy, cerca de Cambrai, mas no había nadie que lo guardara. Carlomán acababa de conseguir, por medio de un pacto concertado en Angers, la partida de los normandos, cuando murió á consecuencia de un accidente de caza en 12 de diciembre de 884.

El heredero del reino era Carlos, hijo póstumo de Luis *el Tartamudo* y de su segunda esposa Adelaida, conocido en la historia con el nombre de Carlos *el Simple*; pero era todavía un niño. En cambio, reinaba en Germania un hombre de edad madura, Carlos *el Gordo*, único heredero, por muerte de sus hermanos, de todos los dominios de Luis *el Germánico*, y emperador coronado en Roma en 2 de febrero de 881. Los magnates, después de haber deliberado bajo la presidencia de Hugo *el Abad*, decidieron invitarle á que viniese á Francia, y habiendo Carlos aceptado su invitación, «todos los que habían estado en el reino de Carlomán se presentaron á él y se sometieron á su poder» en Ponthión, á mediados de junio de 885. Era Carlos *el Gordo* «un príncipe muy cristiano, temeroso de Dios, cumplidor sincero de todos sus mandamientos, obediente devotísimo á las órdenes de la Iglesia, pródigo en sus limosnas, entregado constantemente á las oraciones y á las melodías de los salmos y siempre atento á celebrar las alabanzas de Dios.» Por desgracia, si no era cobarde, como han dicho algunos, era débil de espíritu y de cuerpo, padecía ataques epilépticos y era incapaz de hacer frente á tantas dificultades y peligros.

En 25 de julio de 885, los normandos de Siegfrido entraron en Ruán y remontaron el Sena, llegando el 24 de noviembre á París en donde se les juntaron los normandos del Loira; su flota cubría el Sena hasta dos leguas más arriba de la ciudad (2).

(1) Un fragmento de algunos centenares de versos, retocado en el siglo IX, ha llegado hasta nosotros: es la *Canción del rey Luis*. Hucbaldo, abad de Saint-Amand, celebró también este suceso con un canto muy corto en lengua tedesca.

(2) Véase E. Favre, *Études, comte de Paris et roi de France* (882-898) en la «Bibliothèque de l'École des Hautes-Études,» 1893.

La parte esencial de París era entonces la isla de la Cité, pero á ambas orillas del río se extendían varios arrabales que se comunicaban con la isla por medio de dos puentes: á la derecha el Puente Grande, en el sitio que hoy ocupa el Puente del Change; y á la izquierda el Puente Pequeño, en el lugar en que está actualmente el de su mismo nombre, ó un poco más abajo. La Cité, en donde se había refugiado toda la población, estaba rodeada de una muralla romana; los arrabales no estaban protegidos, pero el Pequeño Puente tenía torres en sus extremos y el Grande había sido fortificado durante el reinado de Carlos *el Calvo*. El conde de París, Eudo, hijo de Roberto *el Fuerte*, el obispo Gozlin y su sobrino Ebles, abad de Saint-Germain des Prés, que era «un hábil arquero,» se encontraban en el interior de la plaza; Hugo *el Abad*, que tenía en el pie una herida que le había sido causada el mes anterior, estaba en Orleans.

Los normandos, después de haber intentado apoderarse de la torre que cerraba la entrada del Puente Grande en la orilla derecha del Sena, instalaronse en 28 de noviembre delante de la ciudad, construyeron un campo atrincherado alrededor del monasterio de Saint-Germain-l'Auxerrois, y durante dos meses, trabajando día y noche, recompusieron sus escudos, bruñeron sus armas y fabricaron máquinas de guerra, entre ellas un ariete de dimensiones gigantescas que causó gran espanto entre los sitiados. En 31 de enero de 886, asaltaron el Puente Grande, y habiendo fracasado esta empresa, reanudaron el ataque en 1.º y 2 de febrero; pero el día 6 una repentina crecida del río llevóse el Puente Pequeño, dejando á los defensores de la torre, que eran en número de doce, aislados en la orilla izquierda. Los normandos incendiaron la torre y aquellos valientes se retiraron á las ruinas del puente y se rindieron después de haber obtenido la promesa de que se les respetaría la vida, á pesar de lo cual los enemigos los asesinaron y arrojaron después al río.

Carlos *el Gordo*, que no podía moverse de Italia, envió á fines de febrero un ejército considerable mandado por el duque Enrique, que sólo consiguió aprovisionar la plaza. El obispo Gozlin murió en 16 de abril; Hugo *el Abad*, en 12 de mayo, y el conde Eudo se escapó de la ciudad y se fué á Alemania á solicitar la intervención personal del emperador, que acababa de regresar á sus dominios. En el mes de julio, la asamblea de Metz decidió llevar á cabo una gran expedición.

Cuando llegó al fin en septiembre Carlos *el Gordo* al pie de las alturas de Montmartre, «no hizo nada digno de la majestad real;» pues á pesar de disponer de «un ejército inmenso,» no se atrevió á librar batalla y á fines de octubre entabló negociaciones con Siegfrido, á quien entregó la Borgoña, para que la saqueara durante el invierno, á pretexto de que aquellos habitantes no habían reconocido su autoridad, y le prometió además entregar á los normandos, cuando regresaran en la primavera, 700 libras de plata como precio de su retirada. Después de esto, el emperador volvióse á Alemania, en donde murió en 13 de enero de 888, en Neidingen, á orillas del Danubio, sin dejar hijos. Nuevamente se separaron los pueblos, completándose entonces la desmembración del imperio carlovingio.

CAPITULO VI

LOS ÚLTIMOS CARLOVINGIOS (888-987) (1)

I. Desmembración del imperio de Carlos *el Gordo*. Los reinos de Lorena, de Borgoña y de Provenza.—II. La Francia occidental. Los reinados de Eudo, de Carlos *el Simple*, de Roberto y de Raúl.—III. Los últimos reyes carlovingios. Luis de Utrammar, Lotario y Luis V. El cambio de dinastía de 987.

I.—Desmembración del imperio de Carlos *el Gordo*. Los reinos de Lorena, de Borgoña y de Provenza

El cronista Reginón describe en los siguientes términos la situación existente á la muerte de Carlos *el Gordo*: «Los reinos que han obedecido á su dominación, privados de heredero legítimo, se disgregan y separan unos de otros según sus fronteras, y sin esperar á su señor natural, cada uno de ellos se dispone á elegir rey sacado de su seno. De ello resultaron grandes guerras, y no porque faltaran príncipes francos, dignos por su nobleza, por su valor y por su sabiduría de gobernar estos reinos, sino porque, siendo iguales unos á otros en raza, dignidades y poder, la discordia aumentaba, ya que ninguno estaba tan por encima de los demás que éstos quisieran someterse á su dominación.» Reginón, al expresarse así, piensa en la ruina del imperio de Alejandro y copia frases del historiador Justino.

Los dos reinos de Alemania y de Italia se separan, esta vez para siempre, del reino franco del Oeste (2). Arnulfo, bastardo de Carlomán, uno de los hijos de Luis *el Germánico*, es reconocido como rey de Alemania por los obispos y señores reunidos en Francfort: este monarca, el personaje más importante de Occidente, hace reconocer su soberanía por los reyes que se han creado un reino en la sucesión de Carlos *el Gordo*; y es coronado emperador en la basílica de San Pedro por el papa Formoso en febrero de 896. Fué, sin embargo, el último carlovingio que recibió esta dignidad, habiéndose extinguido con su hijo, Luis *el Niño* (899 á 911) la dinastía carlovingia de Alemania. Después de

(1) FUENTES.—Los documentos relativos á este período son muy escasos. La crónica más importante es la de Reginón, que comprende desde 813 hasta 906. Véase la edición de Kurze en los *Monumenta Germanie in usum scholarum*. Del período que media entre 906 y 919 casi no sabemos nada. Después, encontramos los Anales de un clérigo de Reims, Flodoardo, que abarcan desde 919 á 966 y que han sido publicados en el tomo III de los *Scriptores*, de Pertz; las noticias en ellos contenidas se completan con la historia de la iglesia de Reims del mismo autor, inserta en el tomo XII de los *Scriptores*. La crónica de Richer, descubierta en 1833 en Bamberg, empieza en el reinado de Eudo, y si en su principio no tiene más que mediana importancia, es de gran valor por lo que se refiere al reinado de Lotario y nos da á conocer la historia del cambio de dinastía de 987; véase la edición de Waitz en los *Monumenta Germanie in usum scholarum*. En cuanto á las demás fuentes, véase Molinier, *Les sources de l'histoire de France*, tomo I, y las bibliografías insertas al frente de las obras de Poupardin, Favre, Eckel, Lauer, Parisot y Lot que iremos citando.

(2) Respecto de Alemania, consúltese el tomo III de Dümmler, *Geschichte des ostfränkischen Reichs*, segunda edición, Leipzig, 1888. Giesebrecht, *Geschichte der deutschen Kaiserzeit*, tomo I, cuarta edición, Brunswick, 1873. Mühlbacher, *Deutsche Geschichte unter den Karolingern*, Stuttgart, 1896. Waitz, *Jahrbücher des deutschen Reichs unter König Heinrich I*, tercera edición, Leipzig, 1885.

éste son elegidos Conrado I de Franconia (911-918) y Enrique I de Sajonia (919-936); de suerte que la monarquía alemana se ha convertido en electiva y el trono lo ocuparán sucesivamente las casas ducales de Baviera, de Alamania ó Suabia, de Sajonia y de Franconia, entre las cuales la Alemania se halla dividida.

En Italia (3) dos familias de origen franco se disputaron la realeza: la de los marqueses de Friul, representada por Berenger, y la de los duques de Espoleto, representada por Guido; ambas tomaron la corona en Pavia, pues á los italianos, por otra parte, agradábales, como dice el historiador Liutprando, tener dos señores á la vez á fin de contener al uno con el temor del otro. Es más, siguiendo el ejemplo dado por el papado, que en tiempo de los primeros carlovingios había introducido en la península á los francos y creado de este modo una tradición que será funesta para la Italia, no tardaron los italianos en llamar sucesivamente al rey de Alemania Arnulfo, al rey de Provenza Luis y á su sucesor Hugo de Arlés, al rey de Borgoña Rodolfo II y al hijo de Enrique I de Alemania, Otón *el Grande*. Este último se hizo coronar rey de Italia y consagró emperador en Roma el día 2 de febrero de 962; aquel día nació el llamado «sacro imperio romano germánico,» institución grandiosa y extraña, reminiscencia del antiguo imperio carlovingio, que se perpetuará al través de toda clase de vicisitudes hasta principios del siglo XIX. Alemania é Italia, separadas desde el año 888, se unieron de nuevo, para desgracia de una y otra.

La región comprendida entre el Rhin y los Alpes por una parte, y el Mosa, el Saona y el Ródano por otra, que en 843 había sido adjudicada al emperador Lotario, formó, algún tiempo después de la muerte de Carlos *el Gordo*, tres reinos separados. La Lorena (4), al Norte, habíase visto de momento obligada á reconocer la autoridad del rey germánico, Arnulfo, quien no logró restablecer el orden en aquella región, en donde los condes, que se habían hecho independientes, hacíanse unos á otros una guerra encarnizada y sólo se ponían de acuerdo cuando se trataba de despojar á las iglesias y de saquear á las abadías. Para acabar con estos disturbios, Arnulfo se decidió á crear un reino de Lorena, que dió á uno de sus bastardos, Zwentibol (895); pero á la muerte de aquél, los loreneses llamaron á su hijo legítimo, Luis *el Niño*, que fué coronado en Aquisgrán. En cuanto á Zwentibol, fué derrotado y muerto en el año 900. Bajo la soberanía de Luis *el Niño*, la Lorena continúa formando un reino aparte con su cancillería particular; ya veremos más adelante cómo, á la muerte de Luis (911), fué nuevamente agregada por algunos años al reino franco del Oeste y cómo, en 925, el rey alemán Enrique I se apoderó de ese hermoso territorio que durante varios siglos seguirá los destinos de Alemania (5).

(3) Wüstenfeld, *Ueber die Herzoge von Spoleto von dem Hause der Guidonen*, en las «Forschungen zur deutschen Geschichte,» tomo III. Dümmler, *Gesta Berengarii imperatoris. Beiträge zur Geschichte Italiens im Anfange des zehnten Jahrhunderts*, Halle, 1871.

(4) Todas las cuestiones relativas á la Lorena las trata Roberto Parisot en *Le royaume de Lorraine sous les Carolingiens*, París, 1898.

(5) En 859 fué dividido por el arzobispo de Colonia, Brunón, hermano de Otón *el Grande*, en dos ducados: el de la Baja Lorena, que comprendió los países hoy denominados Bélgica y Holanda, con la región de Aquisgrán y de Tréveris, y el de la Alta Lo-

Entre las montañas del Valais y á orillas del lago Lemán habíase constituido durante el siglo IX una poderosa dinastía local (1): Conrado, sobrino de la emperatriz Judith y hermano de Hugo *el Abad*, había obtenido allí la abadía de Saint-Maurice de Agaune, con el gobierno de las tres diócesis de Sión, de Lausanne y de Ginebra, y el título de «duque de los territorios jurásicos.» Su hijo Rodolfo fué coronado rey en 888, en Saint-Maurice, por una asamblea de magnates y de obispos, y extendió su dominación por las comarcas vecinas, siendo reconocido en Friburgo, en Neuchatel y en Basilea. El Aar marcaba seguramente el límite oriental de sus Estados por el lado de Alemania. Conquistó asimismo Besanzón, cuyo arzobispo fué su canciller, y atravesó los Alpes, y el valle de Aosta, que siempre había pertenecido á los francos, dependió de su reino. Su hijo Rodolfo II, que le sucedió en 911, reunió á estas posesiones el reino de Provenza y fué de esta suerte dueño de un vasto Estado en el valle del Ródano.

El reino de Provenza (2) era el antiguo reino de Bosón (3), el cual había fallecido en 7 de enero de 887 sin que nadie se cuidara, durante tres años, de darle sucesor. Los documentos oficiales de estas regiones llevan, durante este tiempo, la fórmula ordinaria de los interregnos: «Después de la muerte de Carlos, después de la muerte de Carlos,» es decir, de Carlos *el Gordo*. Frecuentes disturbios agitaron aquel territorio, en donde los invasores extranjeros penetraron sin obstáculo alguno, y entonces los magnates se acordaron de que Bosón había dejado un hijo, Luis, á quien eligieron rey á fines de 890 en una asamblea celebrada en Valence. No tuvo, sin embargo, su reino la misma extensión que el de Bosón, pues si bien comprendía la Provenza, el Viennois, la diócesis de Grenoble y la Saboya, el rey de la Francia occidental se retuvo Macón y Chalon-sur-Saone; además, ya hemos visto que en la diócesis de Besanzón y en Suiza se estableció una nueva dinastía. Luis buscó fortuna en Italia, en donde se ciñó la corona real y la imperial (902), pero más tarde cayó en poder de Berenger, que le hizo arrancar los ojos. A su muerte, acaecida en 928, Hugo, conde de Vienne y marqués de Provenza, gobernó el reino de este último nombre sin tomar el título de rey, cediéndolo en 933 á Rodolfo II de Borgoña, á fin de quedar en libertad de acción en Italia, por haber los italianos llamado á Rodolfo contra Berenger y luego á Hugo contra Rodolfo. A partir de esta fecha, Rodolfo reinó desde Basilea hasta Arlés, en toda la cuenca del Doubs y del Ródano, y de esta suerte nació, por la unión de los dos Estados, un gran reino que tuvo una existencia independiente

rena, que corresponde casi á las antiguas provincias de Lorena y de los Tres Obispos. Cada ducado tuvo sus jefes particulares cuya autoridad era, sin embargo, atacada por los obispos, los abades y numerosas familias condales ó señoriales.

(1) T. Dufour, *Etude sur la diplomatie royale de la Bourgogne juranne* en las «Positions de thèse de l'Ecole des Chartes,» 1873; Trog, *Rudolf I und Rudolf II von Hochburgund*, Basilea, 1887; Blümcke, *Burgund unter Rudolf III und der Heimfall der burgundischen Krone an Kaiser Konrad II*, Greifswald, 1869.

(2) Todas las cuestiones relativas al reino de Provenza la trata Poupardin en *Le royaume de Provence sous les Carolingiens*, 1901, en la «Bibliothèque de l'Ecole des Hautes-Etudes» (fascículo 131). Véanse las observaciones de M. Pablo Fournier en los *Annales du Midi*, tomo XIV, 1902.

(3) Véase anteriormente, pág. 411.

durante cien años y que fué sucesivamente gobernado por Rodolfo II (933-937), por Conrado (937-993) y por Rodolfo III (993-1032), el cual lo entregará á Alemania, bajo cuya dominación tomará, á causa de su capital, el nombre de reino de Arlés (4).

Así se desmembró la región incoherente y ficticia creada entre Francia, por un lado, y Alemania é Italia por otro. Después de desórdenes y vicisitudes de toda clase, cada uno de sus fragmentos se unió á Alemania, no obstante ser territorios de lengua francesa una parte de Lorena y el reino de Arlés, excepción hecha de algunos cantones del Nordeste; lo cual es debido á que desde el siglo IX al XI la Alemania está mejor organizada y es más poderosa que la Francia occidental. Esta no se resignó, sin embargo, á que Alemania tomara posesión de la zona intermedia, y nuestros mismos débiles monarcas del siglo X tratan de reconquistar algunas partes de la misma. Más adelante, cuando la monarquía francesa se habrá vigorizado y Alemania, por el contrario, habrá caído en la anarquía, Francia dirigirá hacia este lado su política y sus armas: aquella zona intermedia fué el campo cerrado en donde combatieron los dos países vecinos con varia fortuna, según que fuera el uno ó el otro el más vigoroso.

II.—La Francia occidental. Los reinados de Eudo, de Carlos el Simple, de Roberto y de Raúl (888-936)

Durante cerca de un siglo, no pudo saberse á punto fijo si la Francia occidental sería independiente ó caería bajo la soberanía de Alemania.

Después de la deposición de Carlos *el Gordo*, algunos obispos, condes y señores se reunieron en asamblea para elegir rey, y descartando por segunda vez al hijo de Luis *el Tartamudo*, Carlos, que sólo contaba diez años, eligieron al conde de París, Eudo, hijo de Roberto *el Fuerte*, sin duda porque fué el único que parecía capaz de defender el reino contra los normandos. Eudo (5) fué coronado y consagrado en San Cornelio de Compiègne, en 28 de febrero de 888, y cuatro meses después, en junio, encontró en Montfautcon-en-Argonne, en territorio lorenés, una partida de normandos y obtuvo sobre ellos una brillante victoria, después de haber congregado sus tropas al son del cuerno, «sonido tan potente, que sólo una boca real podía producirlo semejante.»

Subsistía, sin embargo, en Francia un partido carlovingio. Un príncipe de origen carlovingio, Guido, duque de Espoleto, llegó de Italia y pudo hacerse consagrar rey en Langres por el obispo de esta ciudad, si bien hubo de retirarse por no haber encontrado apoyo. Pero Carlos, hijo de Luis *el Tartamudo*, había hallado asilo cerca de Rannulfo, conde de Poitiers y duque de Aquitania, y tenía en su favor al conde de Flandes, á Folco, arzobispo de Reims, y á otros prelados y grandes señores. Eudo solicitó el auxilio del rey de Alemania, á quien fué á encontrar en Worms, y Arnulfo le reconoció, declarándose en cambio aquél vasallo suyo: el carlovingio había en cierto modo legitimado la elección del rey advenedizo.

(4) Véase P. Fournier, *Le royaume d'Arlés et de Vienne*, París, 1891.

(5) Sobre el reinado de Eudo consúltese la obra de Eduardo Favre citada en la pág. 412.

Mas no tardó en eclipsarse la buena estrella de Eudo: los normandos se presentan á la vez en todas partes, asestando sus golpes allí donde menos se les espera; Eudo sufre varios reveses, y en 889 compra la retirada de una partida que operaba en las inmediaciones de París, en 890 deja escapar otra en Garbigny, cerca de Noyón, y en 891 no logra cercar á una fuerza enemiga en Wallers, cerca de Valenciennes. El reino volvía á las miserias de los tiempos de Carlos *el Calvo* y de Carlos *el Gordo*, cuando el arzobispo de Reims, Folco, tomó la dirección del partido del joven Carlos, á quien había recogido á la muerte de Rannulfo, y en 28 de enero de 893 le coronó rey en la basílica de San Remigio, durante una expedición de Eudo á Aquitania.

Eudo se sostuvo mientras conservó el apoyo del soberano alemán, pero en 894, Arnulfo, conquistado por el arzobispo Folco, se declaró en favor de Carlos, á quien recibió en Worms, confiriéndole el reino del Oeste. De este modo Arnulfo, carlovingio bastardo convertido en protector de un carlovingio legítimo, confirmaba brillantemente su soberanía sobre la Francia. Los condes y señores del Mosa recibieron orden suya de prestar auxilio á Carlos y de restablecerle en el trono.

Entonces estalló entre los dos adversarios una guerra encarnizada en la que intervino Arnulfo en varias ocasiones, intimidando á Eudo y á Carlos á que se presentaran ante él y citándoles á juicio para dirimir, como árbitro, sus contiendas. A principios de 897 y después de tres años de guerra, los dos adversarios llegaron á un acuerdo: Eudo consintió en ceder á Carlos una parte de su reino, cuyo centro fué, según todas probabilidades, la ciudad de Laón, y «aun le prometió más;» como no tenía hijos, sin duda le reconoció como sucesor eventual. Poco tiempo después, habiendo caído enfermo en Fere-sur-Oise, rogó á los señores que le rodeaban que reconocieran á Carlos, y en efecto, después de su muerte, todos se declararon por el hijo de Luis *el Tartamudo*, incluso el propio hermano de Eudo, Roberto. Este había recibido de Eudo, que se lo había cedido á su advenimiento al trono, el condado de París, el Anjou, la Turena y Blois; además la abadía de Saint-Martin de Tours y posteriormente un importante mando militar entre el Sena y el Loira. Aparte de esto, poseía considerables beneficios, entre los cuales estaba la abadía de Saint-Aignan de Orleans. Era, pues, el señor más poderoso del reino. Carlos *el Simple* le dejó todas sus dignidades: el rey y el duque parecían completamente de acuerdo.

Los cronistas se han mostrado severos con Carlos *el Simple*, que reinó desde 898 á 923 (1), agregando á su nombre los epítetos más ofensivos, como *Simplex*, *Stultus*, *Hebes*, *Insipientis*, *Parvus*, *Minor*; y aun hoy en la nomenclatura de los reyes de Francia figura con el humillante título de Carlos III *el Simple*. Y sin embargo, por su iniciativa se realizaron dos sucesos importantes: en primer lugar, con el establecimiento de los normandos en el Bajo Sena, puso término á las invasiones que desde hacía casi dos siglos devastaban el reino franco; en segundo, conquistó la Lorena y durante un cierto

(1) A. Borgnet, *Etudes sur le regne de Charles le Simple*, en las «Mémoires de l'Académie royale de Bruxelles,» 1843; Augusto Eckel, *Charles le Simple*, en la «Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes,» 1899 (fascículo 124).

número de años extendió su autoridad hasta el Rin.

Las invasiones normandas se sucedían con su acompañamiento ordinario de saqueos, asesinatos y miserias: en 898, encontramos á los normandos en el Vimen, en donde Carlos derrota una de sus partidas; poco después, los vemos en Borgoña, en donde incendian los monasterios de Beze, Saint-Florentin y Saint-Vincent; y en 903 aparecen delante de Tours y entregan á las llamas la abadía de Saint-Martin. En 910 un caudillo célebre, Rollón, se presenta al pie de las murallas de París y al ser rechazado devasta el Dunois y el país de Chartres, á cuya capital pone sitio (2). Roberto, conde de París, Ricardo, duque de Borgoña, y Ebles, conde de Poitiers, corren á socorrer la ciudad; el obispo de Gouteaume, desplegando la camisa de la Virgen que se guardaba en el tesoro de la catedral, realiza una salida, y los normandos emprenden la retirada. Carlos se aprovecha de su derrota para entablar negociaciones con ellos y en Saint-Clair-sur-Epte celebra una entrevista con el caudillo normando Rollón, el cual se obliga á cesar en todo ataque y á abrazar el cristianismo, á cambio de lo cual el rey le cede un territorio que de hecho ocupaban los bárbaros hacía mucho tiempo, cuyo centro era la ciudad de Ruán y que se extendía de una parte hasta el río Epte y de otra hasta el mar (3). Mas como este territorio, asolado por las continuas guerras, estaba inculto, y los normandos no podían hallar en él medios de subsistencia, Carlos les abandonó la vecina Bretaña prometiéndoles hacer la vista gorda sobre sus incursiones por este lado. Los bárbaros juraron respetar las demás regiones y el reino franco pudo respirar; los labriegos sembraron sus campos y cosecharon sus trigos y las reliquias sagradas fueron conducidas nuevamente á los monasterios.

El tratado de Saint-Clair-sur-Epte, que de tan felices consecuencias había de ser para el reino, fué también un beneficio para los territorios cedidos á Rollón. El gran caudillo normando se hizo bautizar solemnemente por el arzobispo de Ruán, apadrinándole Roberto, conde de París, que le puso su nombre, y sus compañeros imitaron su ejemplo, no tardando en demostrar por su nueva religión un celo de neófito. Fundáronse ó se restauraron importantes abadías, como las de Jumieges, Saint-Wandrille y Fecamp, y aquella provincia llegó á ser una de las más cristianas de Francia. Al mismo tiempo se reconstruyeron las aldeas, muchas de las cuales recibieron nombres germánicos, como Torp-en-Caux, Torp-en-Lieuwin (*Torp*, *Dorf*, aldea), Houlgate (*gate*, *gasse*, calle), Barfleur, Harfleur, Honfleur (*fleur* derivado del noruego *flodh*, bahía), Dieppe, de la palabra *diup*, profundo, y todas las terminadas en *beuf*, de la raíz *boð*, vivienda, como Quillebeuf, Elbeuf, Criquebeuf, Danbeuf (4), etc. La misma región tomó de los

(2) Véase René Merlet, *Les comtes de Chartres, de Chateaudun et de Blois aux IX^e et X^e siècles*, en las «Mémoires de la Société archéologique d'Eure-et-Loir,» tomo XII (1897), págs. 77 y siguientes. J. Lair, *Le siège de Chartres par les Normands*, en el «Congrès archéologique de France,» 1900, págs. 176-225.

(3) No creemos que la Baja Normandía quedara comprendida en la concesión de Carlos *el Simple*. Más adelante veremos que Bayeux no fué cedida á los normandos hasta 923.

(4) Littré, *Etudes et glanures*, París, 1880, pág. 116. Carlos Joret, *Des caractères et de l'extension du patois normand*, París, 1883.